

## LA DAMA DE ARRICHULUA

Lo que me relató aquel pastor, junto a la cueva de Arrichulua, no sé si será cierto, pero sí puedo asegurar que conocí a la persona que me contó esta historia.

Por motivos familiares acudí, un día del mes de mayo, a Unanua. Tras haber realizado mi cometido, decidí salir al campo animado por el tiempo tan agradable que hacía.

Desde la primera vez que vi la majestuosa mole de Begen-Punta, siempre he tenido una gran admiración por las dimensiones y la perspectiva que, tan airosamente, aporta al paisaje.

Mira hacia Alsasua con la arrogancia y belleza que una catedral gótica otea el horizonte.

Decía Rodín de una catedral francesa, que le recordaba a una mujer arrodillada. Estoy seguro que si el artista francés se hubiera asomado a esta parte de la Barranca, la presencia de la montaña le hubiera dictado una poética comparación acertada.

Para recordar las excursiones que, años atrás, había hecho yo por esta parte de la montaña, me adentré en el bosque y opté por tomar un camino que subía decididamente.

Tras largo rato —caminaba despacio—, el arbolado quedó atrás. Al final de mi camino, entre la sombra, oí un cántico que hizo que me detuviera. Al quedarme quieto dejé de oír la canción y dudé, más tarde, de haberla escuchado. Reanudé mi marcha y, después de haber dado reducidos pasos, volví a escuchar de nuevo aquella especie de salmodia. Recogí las últimas estrofas que me apresuré a anotar:

*Barkamen bearra nabaitzen du  
nere anima minduak  
sartua daukadan bakartasuna  
aizatuko duen argia.*

Quedé turbado. Nunca había oído un timbre de voz tan extraño y una melodía como aquella. Aceleré para ver si, al volver a percibir la canción, la notaba más cercana.

Caminaba ya sobre el yerbín de Begen-Larrea y creí divisar, junto a la cueva de Arrichulua, la presencia de una persona.

Al llegar a la entrada de la cueva saludé a un hombre vestido de pastor. Su rebaño pacía a cierta distancia. Era un hombre de edad media, de unos cuarenta años. Luego de saludarle le pregunté:

—¿Ha oído usted una extraña canción hace un rato?

—Sí —me contestó con gravedad—.

—Parecía la voz de una mujer —me apresuré a añadirle—.

—Así es —me respondió de nuevo—.

Entonces nació un silencio entre nosotros que yo no acertaba a romper. Fue como si una fuerza misteriosa hubiera detenido nuestras lenguas y, tras ella, se esperase algún extraño acontecimiento. Pasaron unos minutos y noté una gran laxitud en mi cuerpo, como si alguien, desde que me contestó el pastor, hubiera estado presionando todos los poros de mi ser. Noté una sensación de cansancio y decidí desempapelar la comida que había traído conmigo.

Le ofrecí al pastor y nos sentamos. Tomó una parte del pan y de mi queso y él me invitó a beber de su vino.

—¿Usted ha visto o conoce, quizá, a esa mujer? —le dije.

—Sí; es la segunda vez que la veo —me contestó sin levantar la vista del suelo—.

—¿Se trata, acaso, de alguna pastora?

—No es ninguna pastora ni mujer de estos pueblos vecinos.

Los ojos del pastor eran brillantes y despedían una gran bondad. Parecía que aquella canción le había transfigurado.

Adoptó una actitud más abierta y, mirándome, me contó esta historia:

--El año pasado, y, en esta misma fecha de santa Julita, me hallaba yo en este lugar cuando comencé a oír por primera vez la canción que usted ha escuchado.

Quedé extrañado —continuó el pastor— y mi cabeza giró intintivamente en todas direcciones. Oí unos pasos y miré a la cueva. En aquel momento apareció ante mí una mujer bellísima, vestida con un atuendo de caza que alguna vez había visto yo en un grabado antiguo. Todo mi ser lo noté paralizado y ella, con un acento dulce y suave me dijo:

--No tema, escúcheme con atención, pues sólo dispongo de quince minutos. Me llamo Julita y hoy es el día de mi santo. Vivo en esta cueva desde hace muchos años. No me es permitido salir más que en este día y por este breve tiempo.

Una vez salí de caza por estos lugares con el hombre con quien debía casarme. Yo no lo quería y, al llegar junto a esa cascada, le empujé y cayó en el vacío.

Me volví asustada por mi crimen y hallé ante mí a una venerable anciana que me dijo: «Has matado a un hombre y te condeno a vivir en esta cueva, hasta que des con otra persona que te ayude a conseguir tu perdón. Únicamente saldrás de la gruta en este día y por espacio de quince minutos. Si en tal tiempo hallas a alguien que acceda a socorrerte conseguirás volver a la vida de relación.»

Así que, buen señor, le suplico que, el próximo año, en este día de santa Julita vea de traer en su compañía a un sacerdote para poder confesar mi pecado.»

--Le pregunté cómo vivía —dijo el pastor— y me respondió la muchacha:

--Sufro mucho. He de soportar el rigor del frío y de la humedad; he de dormir en el suelo y alimentarme de las yerbas y del barro de la cueva.

Sólo me es dado el poder entonar este cántico que ha oído usted al comenzar a salir de la cueva y, nuevamente, al regresar a ella para ver de llamar la atención sobre alguna persona que merodee por estos lugares.»

Luego de oír tal relato de boca del pastor, le pregunté asombrado:

--¿Y no ha hecho usted nada por venir, en el día de hoy, con un sacerdote?

--No he podido. Aunque le parezca raro se me ha olvidado. Sólo al oír la voz de nuevo lo he recordado.

--¿Y qué le ha dicho hoy la joven? ¿No estaba triste o furiosa, quizá?

--Nada de eso. Me ha rogado que rece a santa Julita todos los jueves esta oración y que ella me ayudará a recordarlo para el año próximo.

Me enseñó la oración y la copié. Decía así:

*Julitxo done Andre ona  
arren lagun nazazu oroitzen  
zure neskamearen eskaria  
Arri lagun zazu bizitzen  
neri aren animaz ez aztutzen.*

Perplejo por el relato, decidí dejar al pastor, pero antes le dije:

--El próximo año le prometo que yo vendré y, por si acaso, me acompañará un sacerdote. No vaya a ser que usted olvide de rezar algún jueves la oración.

.....

Han pasado ya varios años, y ninguno de ellos, he logrado rezar todos los jueves la oración. Quizá sea por esto haber olvidado, asimismo volver, en esta fecha, a la cueva de Arrichulua.

Cuando extemporáneamente recuerdo la historia del pastor siento una profunda tristeza.

JUAN MIGUEL OLAECHEA  
(Del C. D. Navarra)